

nocimiento por comprensión. Pues, cabalmente, al tiempo que se extendía la valoración pesimista del conocimiento histórico como conocimiento científico, Max Weber aseguraba que sólo había otro tipo de conocimiento dotado de tal grado de evidencia: el de las ciencias matemáticas. El carácter evidencial del conocimiento matemático descansaba para Weber en el supuesto de que los objetos del mundo matemático se articulan en un *continuo homogéneo* determinado por la constitución axiomática de un campo de relaciones cuantitativas, dentro del cual el propio sistema afirma leyes necesarias. Mas la evidencia del conocimiento histórico no descansa en una presuposición formal de este carácter. Por el contrario tiene por base real, la realidad de un sujeto en relación con cuyo vivir se constituye esa realidad como totalidad cognoscible. Es claro que todo esto pone al descubierto la dependencia del pensamiento de Weber de la fenomenología de Husserl; pero también su papel —no siempre reconocido— en la ulterior progresión del planteamiento del problema filosófico sobre la base de un análisis de la existencia humana.

Con ello se ponen también de manifiesto los fundamentos antropológicos y en definitiva éticos de la teoría de la ciencia de Max Weber. Precisamente el análisis de los *tipos ideales* que constituye una de las más agudas construcciones metodológicas de Weber, está dominado por presupuestos antropológicos. Y también el estudio de Henrich constituye un positivo esfuerzo por destacar la posición filosófica de Max Weber de la de Rickert y el neokantismo de Baden en general, ahondando diferencias capitales en las que la bibliografía anterior no había reparado. Rickert está sometido en su comprensión de la Historia a todas las prescripciones gnoseológicas que el neokantismo lleva consigo y precisa fundamentarla en «la validez absoluta de los valores en la conciencia trascendental», mientras que por el contrario Weber deduce el conocimiento histórico de la articulación estructural de la misma realidad que en torno al hombre se constituye y no necesita por tanto recurrir a ninguna subjetividad trascendental. Con lo cual las relaciones entre Weber y el neokantismo vienen a concluir en la disolución de alguno de los presupuestos fundamentales de éste.

JESÚS F. FUEYO

ROSENSTOCK-HUESSY: *Heilkraft und Wahrheit. Konkordanz der politischen und der kosmischen Zeit.* Evangelisches Verlagswerk GmbH. Stuttgart; 215 págs.

En una zona intermedia entre los jóvenes conservadores y los nacionalrevolucionarios sitúa Armin Mohler, en su tesis sobre la revolución conservadora en Alemania, a Eugen Rosenstock. El rasgo metafísico común de estos grupos sería el de su oposición a la llamada concepción lineal del mundo o creencia en un proceso que tuvo su principio y se dirige hacia un fin; su adherencia, por el contrario,

a la concepción cíclica, en la que todo está para siempre dado y en el conjunto no cabe progreso porque nada se gana ni se pierde.

El momento absoluto, en el que se compendia pasado, presente y futuro, sería la clave de este pensamiento, en patente contradicción, como expresamente hace resaltar Mohler, con el pensamiento cristiano, que proclama la creación y el fin del universo.

A desentrañar la significación de ese «momento absoluto» se han dirigido numerosos ensayos más o menos felices en su desarrollo, pero coincidentes todos en darle un nuevo enfoque al problema del tiempo, atribuyéndole cualidades sustanciales, no meramente funciones de medida. La irrupción del fenómeno tiempo en nuestra conciencia sería uno de los acontecimientos de nuestra época, ante la que se abriría un orden de dimensiones distinto de aquel que encuadró el mundo de nuestros padres.

Ya en su obra anterior, *Europäische Revolutionen*, había abordado Rosenstock el mismo tema, trazando la figura de una sola y única revolución manifestada en formas aparentemente diversas, desde la «papal» de Gregorio VII hasta la bolchevique, a través de la Reforma, de la revolución inglesa y de la francesa. Todas ellas tendrían una esencia común y constituirían parte de un mismo ciclo. Lo que en Gregorio VII significó la absoluta pureza de lo religioso se convirtió, secularizándose en el bolchevismo, en la absoluta pureza de lo terrenal. Tras el poder espiritual de Gregorio VII, de la «conciencia individual» de la Reforma, del «espíritu público» de la revolución inglesa, del «espíritu contemporáneo» de la francesa, de la «conciencia de clase» de la rusa, habría latido siempre el mismo impulso. El advenimiento del bolchevismo ha significado el renacimiento del mal, haciéndose precisa una nueva redención y cerrándose de este modo el ciclo.

En esta nueva obra —fuerza de salvación y verdad, concordancia entre el tiempo cósmico y el político— empieza Rosenstock por aducir unos ejemplos de series históricas que recorridas hasta el fin constituyen verdaderos «puntos del tiempo», unidades temporales con auténtico sentido. Así, la serie Abraham, Isaac, Jacob, que se mantienen, por así decir, fuera del mundo en el que cae el cuarto miembro de la cadena, José. O la serie Copérnico, Tycho Brahe, Kepler, Galileo, en la que se produce el mismo fenómeno. El juego inocente de Copérnico acaba en el choque con Roma y la condena de Galileo. El ciclo Hegel, Marx, Lenin y Stalin tiene también un sentido. No lo tendría, en cambio, el del período 1919-1939, aislado de las dos guerras que lo encuadran y lo determinan rigurosamente.

Desde este ángulo intenta Rosenstock penetrar en la significación de los acontecimientos de nuestra época, y dejándose llevar por su animosidad contra la Iglesia, ya revelada en escritos anteriores, entabla una verdadera polémica contra lo que llama la «teología oficial», a su juicio desarraigada del auténtico espíritu de Cristo. El retorno a este espíritu, superándose todas las antinomias, tanto religiosas como seculares, políticas y sociales, realizándose, por tanto, en el

plano histórico la verdadera unidad del género humano, sería la trayectoria de nuestro tiempo.

Su precursor más caracterizado habría sido Paracelso, que llegó a intuir la unidad del curso de la vida por debajo de todas sus diversas manifestaciones. Esta unidad en Teofrasto de Hopenheim se refería esencialmente a los campos de la religión y de la medicina, del cuerpo y del alma, del espíritu y de la materia. Su doctrina de las cinco esferas como causa de todos los acontecimientos trataba de unir la metafísica con la ciencia. En la actualidad, así como el Antiguo Testamento se realizó en el Nuevo, y Demócrito en la física atómica, se ha llegado a unir el espacio con el tiempo, y la armonía resultante, reflejo de la armonía de las esferas, nos ha permitido un atisbo del momento absoluto, del eterno presente.

Armin Mohler señala como rasgo distintivo común a la pléyade de escritores pertenecientes al campo de la revolución conservadora, afanosamente concentrados en la elaboración de unos modos de pensar radicalmente distintos de los vigentes hasta la fecha, el de su apartamiento de los conceptos y su preferencia por las imágenes o los símbolos.

Este libro de Rosenstock-Huessy, escrito en un estilo notoriamente metafórico, es una elocuente muestra de tal aserto.

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR

DIETRICH, Hermann: *Auf dem Wege zum neuen Staat. Die deutsche Aufgabe.* Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart; 130 págs.

El último año de la primera mitad del siglo XX fué crucial. Al hacer frente los cañones norteamericanos al ataque comunista en Corea demostraron la voluntad del mundo regido aún por principios individualistas de defenderlos contra la creciente amenaza del sistema totalitario colectivista dirigido desde Moscú. Hasta ese momento pudo creerse que el único vencedor absoluto de la segunda guerra mundial había sido el bolchevismo soviético. La llamada guerra fría había consistido en una progresiva entrega a la U. R. S. S. de territorios y zonas de influencia con el ritmo adecuado para que pudiera irse realizando en ellos la transformación del orden capitalista en orden comunista sin poner en peligro la seguridad del nuevo sistema. De pronto se le hizo saber a la U. R. S. S. que había habido dos vencedores en la contienda: ella y Estados Unidos. Y desde entonces está planteado en la parte de mundo aún a salvo de la dominación comunista el problema de las medidas a adoptar para cooperar a la decisión norteamericana y consolidar la supervivencia de los modos de vida propios de la llamada cultura occidental.

La posible contribución germana a tal empresa es el tema de esta obrita, en la que se exponen algunos de los graves problemas con los que tiene que enfrentarse hoy el pueblo alemán como consecuen-